



Entre el dolor y el sufrimiento. Una discusión desde la perspectiva sociológica sobre el sufrimiento humano en el escenario neoliberal

Por Lourdes Farias y Soledad Veiga

Ninguna meditación sobre el dolor debería terminar de un modo triste y sin esperanza. Porque el humor, un cierto sentido de la confianza y una cierta idea de la esperanza, aquello que se espera o que nos tiene a la expectativa de un porvenir, son elementos centrales de la educación. Así que el mejor prólogo y el mejor epílogo para el dolor quizá sea eso que vagamente entendemos por alegría, lo que no significa que el término de una experiencia sea siempre una especie de "happy end" Bárcena (2002)

Resumen

El trabajo que presentamos es producto de una investigación que venimos desarrollando sobre el sufrimiento en niños y adolescentes en situación de calle. El objetivo propuesto es poder conceptualizar el sufrimiento no desde el marco de una macroteoría sino como un aporte a la construcción de teorías microsociales (Farias 2018) en el convencimiento de que la única posibilidad –si es que existe- de mitigarlo es conceptualizándolo. Conociendo sus perfiles, sus múltiples dimensiones y condiciones, sus lados más visibles y sus caras más oscuras y básicamente porque hemos entendido, luego de realizar otras investigaciones que la conceptualización es el primer paso para la intervención. Entonces, definir del sufrimiento social, es la puerta de entrada para la intervención en contextos de sufrimiento. Como trabajadoras sociales, intervenimos en el dolor: desarrollamos acciones, proponemos planes y programas para mitigarlo, acompañamos a los sujetos que padecen crudas realidades, administramos recursos y así avanzamos, poco o nada, y a veces algo. Nos preguntamos muchas veces ¿Cómo dar cuenta, desde nuestra disciplina, de este régimen de desigualdad e injusticia social que ya no se limita a los contornos del Estado-nación sino que adquiere escala global y no responde a situaciones sociohistóricas coyunturales sino que forma parte del desarrollo de la propia modernidad? Este texto es el inicio de esas búsquedas.

Palabras claves: Sufrimiento social, Intervención profesional, Dolor

Introducción

En otros momentos, hemos manifestado que producciones como esta que aquí presentamos provienen del espanto por el crecimiento de la desigualdad y cómo ella afecta a los sujetos de nuestra intervención. Y, a pesar del esperanzador párrafo inicial, debemos decir que esta no va a ser la excepción.

Este artículo que aquí presentamos es producto de indagaciones teóricas preliminares sobre temas con los cuales empíricamente vivimos a diario, convivimos, soportamos e intervenimos.

Podemos afirmar que los clásicos de la sociología –pensemos en Marx y su concepto de alienación, en Durkheim y la anomía o en Weber y el desencantamiento del mundo- sabían del potencial que se podía esperar del sufrimiento como analizador social. Sin embargo, el interés por el significado existencial y las implicaciones éticas y sociopolíticas del sufrimiento en la vida social decayó hasta desaparecer durante los años gloriosos de la modernidad funcionalista, más ocupada en tratar las relaciones humanas desde la pura racionalidad de una abstracción cuantificable capaz de exorcizar la dimensión existencial de las relaciones sociales (Abad Miguelez, 2016).

Como trabajadoras sociales, intervenimos en el dolor: desarrollamos acciones, proponemos planes y programas para mitigarlo, acompañamos a los sujetos que padecen crudas realidades, administramos recursos y así avanzamos, poco o nada, y a veces algo.

Nos preguntamos muchas veces ¿Cómo dar cuenta, desde nuestra disciplina, de este régimen de desigualdad e injusticia social que ya no se limita a los contornos del Estado-nación sino que adquiere escala global y no responde a situaciones sociohistóricas coyunturales sino que forma parte del desarrollo de la propia modernidad?

En este trabajo, que es producto de una investigación que venimos desarrollando sobre el sufrimiento en niños y adolescentes en situación de calle buscamos ir más allá. Queremos conceptualizar el sufrimiento no en el marco de una macroteoría sino como un aporte a la construcción de teorías microsociales (Farías 2018) en el convencimiento de que la única posibilidad –si es que existe- de mitigarlo es conceptualizándolo. Conociendo sus perfiles, sus múltiples dimensiones y condiciones, sus lados más visibles y sus caras más oscuras y básicamente porque hemos entendido, luego de

realizar otras investigaciones que la conceptualización es el primer paso para la intervención. Entonces, definir del sufrimiento social, es la puerta de entrada para la intervención en contextos de sufrimiento.

Estamos en general todos de acuerdo en que si los fenómenos sociales no son únicamente sociales, los fenómenos psicológicos tampoco son exclusivamente psicológicos. Si bien el sufrimiento es una experiencia individual, al mismo tiempo esta experiencia ha de entenderse desde una perspectiva colectiva. Cada persona experimenta individualmente el dolor, pero lo hace en el contexto de unos parámetros culturales. El grupo social normaliza, mediante su creación cultural, la experiencia del sufrimiento produciendo así su justificación (cada época histórica ha aceptado o rechazado determinados sufrimientos) y su naturalización (los miembros de un grupo social tienden a ver como naturales determinadas experiencias del dolor, su sentido o sentidos, las formas de padecerlo y los mecanismos para afrontarlo) (Madrid, 2010). Un ejemplo claro es la tolerancia a las múltiples formas de trabajo infantil con las que convivimos cotidianamente o la coexistencia con personas en situación de calle. Todos estos condicionantes del sufrimiento han formado parte, históricamente, de las raíces culturales comunitarias de cada sujeto.

Por lo tanto en este artículo presentamos los elementos que encontramos como el puntapié inicial, para una conceptualización de y sobre el sufrimiento social en el cual, las actuales condiciones del modo de producción y el actual estadio de la sociedad de clases, conforman un marco que le brinda características propias, específicas y particulares a los procesos de sufrimiento social que atraviesan a los sujetos.

La metodología que estamos utilizando es básicamente cualitativa, a través de entrevistas en profundidad e historias de vida. Tratando de acercarnos a la vida de los niños y adolescentes de la manera más cuidadosa posible.

Pensar el dolor y el cuerpo

Un primer elemento que desentrañaremos en este trabajo, responde a la necesidad de pensar si dolor y sufrimiento son lo mismo. En principio diremos que no, pero a la vez, afirmaremos, que inevitablemente el dolor produce sufrimiento.

El dolor, que se manifiesta de múltiples formas y de múltiples maneras siempre produce sufrimiento conformando una asociación indisoluble que genera padecimiento.

Otra cosa que dejaremos planteada, es que estos primeros resultados de la investigación que reflejamos en esta oportunidad, no viene a hablar del padecimiento

subjetivo de los individuos, sino del padecimiento social, del dolor colectivamente conformado, vivido, sentido y reproducido.

Dolor y sufrimiento social que se encuentran asociados a las condiciones materiales de existencia, al lugar ocupado en la estructura social, pero profundizado por los cambios abruptos que dichas condiciones y estructura han sufrido en la profundización de las políticas de tinte neoliberal y las características que estas asumen, especialmente en América Latina.

Bárcena (2002) plantea que en nuestras sociedades contemporáneas y modernas, se sabe mucho del dolor. Se habla de él, se lo puede diagnosticar, incluso medicar, tratar o hasta quizás esconder o mitigar con elementos propios que nos brinda la sociedad de consumo. En nuestra sociedad encontramos al dolor transformado en datos, encerrado en hechos, traducido en números, más vistosamente mostrados en gráficos y analizado por medio de programas informáticos, sin embargo, pareciera que cuanto más se conocen las miserias del mundo y el dolor socialmente compartido por otros, más lejana se nos presenta la experiencia de dolor que produce el sufrimiento.

Y mientras tanto, el dolor y el padecimiento social, crecen silenciosamente sin que podamos acceder a ellos. Crecen resistentes a las técnicas y estrategias que se propongan para darle batalla por lo tanto el resultado que genera es que los sujetos no tienen experiencia del dolor sobre el propio cuerpo. Se lo ha aislado de él, haciendo que este se constituya en un objeto del cual hay que eliminar marcas, quitar enfermedades y borrar huellas incluso del paso del tiempo y esto no es menor ya que como sostiene Scribano esta dimensión es clave ya que “sin cuerpo, no hay individuo; sin un cuerpo socialmente apto, no hay agente; sin cuerpo, no existe la posibilidad de que el individuo se conozca en tanto sujeto” (2009, p. 413).

En nuestra sociedad, el cuerpo debe resistir, los individuos deben resistir para mantener un cuerpo social maltratado, dejado de lado, descuidado y olvidado como tal. El cuerpo de los niños y adolescentes que entrevistamos, podríamos decir, es el cuerpo de la derrota. Un cuerpo consumido, sometido, ultrajado, amputado, violado, abusado, despreciado y disciplinado que narra la historia del propio dolor humano (Vergara, 2010). Si hay un lugar donde el poder se expresa es en el cuerpo.

Es por eso que el registro del cuerpo individual desanclado de la cultura, nos permite pensar en la idea de un cuerpo social sufriente, no como la suma de las individualidades que no se registran en el dolor, sino como cuerpo colectivo olvidado, descuidado y abandonado.

De esta manera, diremos aquí que lo que buscamos conocer, no es el dolor individual, ni cierto tipo de dolor social, sino el dolor y el sufrimiento humanos, como experiencia colectiva: cada una de nosotras, autoras de este texto, como cada uno de los lectores que accedan a él y seguramente muchos de los que no lo hagan, han vivido y padecido experiencias de dolor, posiblemente a muchos les habrá tocado además intervenir en ellas. Esas experiencias, de dolor y sufrimiento, que son susceptibles de ser co-padecidas, transmitidas, compartidas y –como ha sido en nuestro caso– intervenidas es lo que llamamos experiencias de sufrimiento humano (Otegui Pascual, 2009).

Es decir, esas experiencias de dolor y padecimiento que se dan en los cuerpos, pero que definitivamente tienen una significación y un anclaje en diferentes elementos de lo social por lo que constituyen experiencias de sufrimiento humano: más o menos colectivas, individuales o sociales, encarnan diferentes modos en que los humanos sienten dolor, sufren y padecen.

Sufrimiento e intervención social

Siguiendo a Wilkinson (2005) podemos señalar que el sufrimiento social es una categoría analítica que permite englobar bajo una misma etiqueta problemas humanos que, aunque diversos, tienen orígenes y consecuencias similares: los daños que la fuerza social infringe en la experiencia humana. En este sentido, deriva de lo que el poder institucional, económico y político hace en y a la gente, así como de las formas en que ese poder define las respuestas socialmente válidas disponibles para afrontar ese sufrimiento. Así definido permite, por un lado, derribar barreras categoriales que separan en ámbitos diversos las distintas formas de sufrimiento y, por otro, entender que sea cual sea la forma que adopte, el sufrimiento trasciende la esfera de lo individual/psicológico hacia la consideración del sufrimiento como experiencia social resultante de un proceso también social. Este es el argumento que, desde la filosofía política, desarrolla Renault (2009) cuando afirma que:

“La noción de sufrimiento social tiene como objetivo describir estas conexiones entre los aspectos subjetivos y sociales de las experiencias de injusticia y dominación (especialmente de injusticia como pobreza y dominación como violencia). [...] Esta noción señala que las experiencias de lo insoportable tienen el poder de transformar la relación social (mediante intentos de transformarlas o escapar), así como la subjetividad individual: uno tiene que movilizar defensas psíquicas para adaptarse a lo insoportable, y estas defensas producen

nuevos efectos en las relaciones sociales (por ejemplo, no solo un mayor aislamiento social y vulnerabilidad a la violencia, sino también una tendencia a utilizar la violencia como un medio de autoexpresión). Por otro lado, la noción de sufrimiento social subraya que en estas experiencias, el origen del sufrimiento es social y no meramente biográfico, en el sentido de que también se remonta a las relaciones sociales generales, y no solo a eventos biográficos contingentes. y estructuras de la vida familiar”(Renault, 2009: 160).

El término, como tal, comienza a ser utilizado en el campo de la antropología en el contexto de estudios sobre el dolor y el sufrimiento desarrollados desde una perspectiva etnográfica (Morris, 2002; Wilkinson, 2005; Kleinman y Van der Geest, 2009).

En el ámbito de la sociología cabe destacar las aportaciones de Bourdieu en su libro *La miseria del mundo* (1999) donde ejemplifica bien esta perspectiva abordando distintas dimensiones del sufrimiento social en distintos ámbitos culturales y sociales. Su línea de investigación ha sido continuada por algunos de sus discípulos (Wacquant, 2000, 2007, 2010). En el ámbito de la filosofía social y la teoría crítica cabe destacar las aportaciones de Axel Honneth (2010, 2011) fundamentalmente por lo que se refiere a su reflexión sobre las tres esferas en las que se encarna el desprecio o sufrimiento: físico o maltrato, social o privación de derechos y exclusión, y psicológico o injuria contra la dignidad y el honor.

Todos estos trabajos aportan una extensa evidencia sobre cómo las dimensiones sociales del sufrimiento se producen en contextos sociales, culturales e institucionales, incluso cuando sus políticas y programas han sido diseñados para subvertir ese sufrimiento. Sin detenernos demasiado en lo que Merton pudiera decirnos sobre las consecuencias no deseadas de la acción, lo interesante aquí es señalar que, con algunas excepciones, la mayoría de los trabajos publicados se centran en la documentación de los puntos de vista de quienes experimentan alguna forma de sufrimiento relatando así las condiciones de existencia que, desde la adversidad y la desigual distribución del dolor, delimitan los contornos de dicho sufrimiento (Wilkinson, 2013).

Aquellos obligados a ocupar un lugar social que los invalida, los descalifica, los instrumentaliza o los desconsidera, sienten la violencia de los espacios sociales e instituciones que los mediatizan. Se trata de *víctimas estructurales* en el sentido de que el sufrimiento es provocado por las contradicciones, las incoherencias y las ambigüedades de las instituciones y de la estructura social.

“Fumas paco porque te hace sentir bien sino para que, no soy tan tonto, es como que estas feliz” (extracto de una entrevista).

En estos contextos, el valor de la vida de los niños y adolescentes en situación de calle esta degradada, para ellos su vida no vale nada. Una expresión que utilizan es “ya tengo la fecha vencida”. En los primeros acercamientos a sus trayectorias de vida se repiten siempre las mismas cosas: mucha violencia, mucho desamor, mucho desamparo, mucho olvido. Esto se repite como una tragedia en sus vidas.

La cercanía de experiencias de sufrimiento en el cuerpo, la enfermedad y la muerte se transforman en habituales en los contextos que transitan los entrevistados. Hay una necesidad de aprender a soportar el dolor que se instala desde la más temprana infancia, para poder sobrevivir.

“Cuando era chico siempre me dolía el oído, era un dolor que todavía lo recuerdo, pero mi mamá me decía que no era nada, que ya se iba a pasar, a veces a la noche creía que me iba a morir del dolor pero me la aguantaba” (extracto de entrevista).

“¿Ves lo que tengo acá? Es una cicatriz porque me fracture el codo, no sé cómo porque estaba re engomado cuando paso, entonces no sentía el dolor porque estaba de viaje. Como a la semana me di cuenta que me dolía bocha, me fui a la salita y contra mi voluntad me llevaron al hospital. ¿No ves la marca? Me tuvieron que operar porque estaba salido” (extracto de entrevista).

Ante la imposibilidad de tener recuerdos de otro tipo (fotos, papeles, juguetes) el cuerpo se transforma en el lugar donde esto es posible y muchas veces es lo único que estos niños y adolescentes pueden conservar (Scheff, 2001).

“Una vez que estaba empastillado mal me quise clavar un vidrio que encontré en el pecho, no sé si quería suicidarme, no me acuerdo bien, pero después volví en mí y tenía todo sangre y la punta del vidrio clavada, ahí me dolió un poco cuando me la saque...ahora tengo la marca...se me curo solo” (extracto de entrevista).

Cuando existen experiencias tempranas de dolor, sufrimiento o desvalimiento como les paso a estos niños y adolescentes, es posible que exista cierta sobreadaptación o naturalización de tales situaciones y una falta de respuestas activas en relación con enfrentarlas o huirles (Vergara, 2010).

Sobre todo en tiempos neoliberales las tecnologías de gobierno nos remiten a políticas de precarización ejercidas a través de la experiencia individual y subjetiva del sufrimiento. Esto tiene consecuencias en términos políticos pues si bien el daño físico

puede ser observable y objetivable y, en esta misma medida, imputable en última instancia como delito de los Estados y de los mercados (Rivera Beiras, 2014), el daño psíquico no es directamente observable ni fácilmente imputable de modo tal que el sujeto sufriente debe demostrar ante las instituciones su condición de vulnerable.

En este contexto, mientras el sujeto se vuelve más vulnerable y dependiente, al menos psicológicamente el trabajo institucional de reconocimiento se convierte en una suerte de magistratura moral que evalúa, reconoce o desestima la condición de sujeto sufriente y los derechos a los que ésta puede dar lugar. En este punto nuestra profesión se encuentra en la paradoja de dar cuenta y validar el sufrimiento del otro.

La bibliografía en relación a los y las profesionales del trabajo social, sobre todo la destinada a trascender experiencias y relatos individuales de sufrimiento para alcanzar alguna suerte de comprensión sobre los procesos sociales y culturales estructuradores de esas experiencias es bastante escasa.

Los niños y adolescentes de nuestra investigación inscriptos en el reino del no (no casa, no educación, no salud, etc.) aprenden a esperar por los mínimos estándares de vida (Cervio y D'hers, 2014). Pero esta espera permea los cuerpos generando sufrimiento en forma de sensación de impotencia y de sensación de que nunca se va a modificar la situación.

El abandono precoz del hogar, la exclusión de la escuela, las situaciones de violencia, el consumo de sustancias, han posicionado a nuestros sujetos de investigación en una situación de extrema vulnerabilidad social lo que representa mayores riesgos para la integración. Pero esta vulnerabilidad afecta fuertemente sus subjetividades y por lo tanto incide en sus proyecciones de futuro. El desafío que tenemos entonces es poder pensar estrategias de desnaturalización del sufrimiento para poder comprender y abordar de una manera as eficaz.

Bibliografía

- Abad Miguélez, B. (2016). El Trabajo Social ante la crisis. Nuevos retos para el ejercicio profesional de los y las trabajadoras sociales. En *Cuadernos de Trabajo Social*, 28 (2), pp. 175-185.
- Bourdieu, P. (1999). *La miseria del mundo*. México: Fondo de Cultura Económica.

- Cervio, A. L., y D'hers, V. (2014). Social Time, Bodies and the “Logic of Waiting” in the Configuration of Urban Sensibilities. En *Current Urban Studies*, N°2, pp. 49-56.
- Farias, L (2018). *Trayectorias Sostenidas de Abandono. Procesos de vulnerabilidad y desafiliación de jóvenes en contexto de pobreza estructural*. Buenos Aires, Tesseo Editorial.
- Honneth, A. (2010). *Reconocimiento y menosprecio. Sobre la fundamentación normativa de una teoría social*. Madrid, Katz.
- ----- (2011). *La sociedad del desprecio*. Madrid, Trotta.
- Kleinman, A., & Van der Geest, S. (2009). «Care» in health care: Remaking the moral world of medicine. En *Medische Antropologie*, N°21 (1), pp. 159–168.
- Madrid, A. (2010). *La política y la justicia del sufrimiento*. Madrid: Trotta.
- Morris, D.B. (2002). *The culture of pain*. Berkley, University of California Press.
- Renault, E. (2009). “The political philosophy of social suffering”. En B. Paul de Bruin & C.F. Zurn (eds.), *New Waves in Political Philosophy* (pp. 158-176). New York, Palgrave Macmillan.
- Rivera Beiras, I. (2014). *Delitos de los Estados, de los mercados y daño social. Debates en Criminología crítica y Sociología jurídico-penal*. Barcelona, Anthropos.
- Scribano, A (2009) “¿Por qué una mirada sociológica de los cuerpos y las emociones? A Modo de Epílogo”. E Figari, C. y Scribano, A. (orgs.). *Cuerpo(s), subjetividad(es) y conflicto(s) Hacia una sociología de los cuerpos y las emociones desde Latinoamérica* (pp.141-151). Buenos Aires, CLACSO-CICCUS.
- Simmel, G. (1998). *Les pauvres*. Paris, PUF.
- Vergara, G (2010). *Conflicto y emociones. Un retrato de la vergüenza en Simmel, Elías y Giddens como excusa para interpretar prácticas en contextos de expulsión*. CLACSO-CICCUS.
- Wacquant, L. (2000). *Las cárceles de la miseria*. Buenos Aires, Editorial Manantial.
- _____ (2007). *Los Condenados de la ciudad. Gueto, periferias y Estado*. Madrid, Siglo Veintiuno.

- _____ (2010). *Castigar a los pobres: el gobierno neoliberal de la inseguridad social*. Barcelona, Gedisa.
- Wilkinson, I. (2005). *Suffering: A Sociological Introduction*. Cambridge, Polity Press.

CONTACTO

Facultad de Trabajo Social

Tel: 0221 451 9705 / 452 5317 / 417 7547

publicaciones@trabajosocial.unlp.edu.ar

www.trabajosocial.unlp.edu.ar

Calle 9 esq. 63 - La Plata - Buenos Aires - Argentina

ISSN 2545 - 7721

(entre
dichos)

Intervenciones y Debates
en Trabajo Social